

AAA 2604

LOS SUEÑOS
DE
LUCINDA NAHUELHUAL

Sonia Montecino Aguirre

9990

Sur

don

M3

198-

21

PAF 604

Ilustraciones: Germán Arestizabal

Diseño y Producción: A.M. Icaza, R. Cociña.

Gráfica Andes F. 733605



Este cuento se basó en los testimonios de María Vidal, Rosa Manquecura y Carmela Romero, residentes en Santiago, las primeras, y de Prado Huichahue, la última.

1



Santiago, 24 de Enero de 1982.

Querido hermano Felidor:

Espero que recibas esta cartita y que te encuentres bien junto a Orfelina y mis sobrinos. Paso a contarte cómo estoy yo. Me cambié de trabajo donde un matrimonio que vive solo. Me encuentro bien, aunque siempre echando de menos a mi gente. La plata que gano no es mucha, pero sirve para darse vuelta y mandarles un poco a ustedes, que sé que la necesitan.

*No sé bien qué me pasa, hermano, pero no me he sentido muy bien en mi salud. He tenido muchos **peumas** que me ponen nerviosa. La Juanita me dice que ya se me pasará eso. Es que **las cosas están muy difíciles aquí** y a pesar que llevo ya tres años con los **huincas**, todavía no me acostumbro. Pienso mucho en el campo, eso debe ser lo que hace soñar tanto.*

Bueno, hace mucho tiempo que no recibo noticias de ustedes y te pido que me escribas para saber cómo están por allá, cómo están las cosechas y quiero que me digas noticias de mis sobrinos y de Orfelina. Dáles a ellos mis recuerdos y a quienes pregunten por mí.

Se despide tu hermana que te quiere

Lucinda Nahuelhual P.

P.D.: La Juanita me pide que le digas a la tía Pancha que ella le mandará en Febrero la mercadería si es que no puede viajar.

Peucayal y lemoría, hermano.

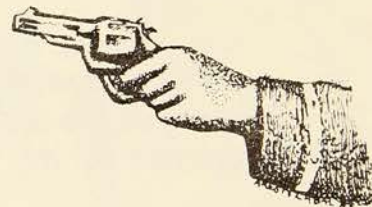
Lucinda dejó la carta en el correo y al cruzar a la Plaza de Armas recordó el sueño que había tenido la semana pasada: “Era un día Jueves —como hoy—, día de salida. Estaba mirando las vitrinas y de pronto no pude mover las piernas. Se me acercó un carabinero y me dijo que caminara, pero yo no podía hacerlo. Le dije que me dolían tanto las piernas, que me dejara tranquila. El sacó una pistola y me amenazó. Se juntó mucha gente y todos me gritaron: ¡india no te queremos ver!, ¡ándate china sucia! Esos **huincas** estaban enojados conmigo. El carabinero puso la pistola en mi cabeza y me disparó. Quedé tendidita en medio del Paseo Ahumada. Después, me desperté y me encontré en el sur. Ahí vi al finado de mi papá. Tan bien que estaba con el **makún** laboreado que yo misma le hice. Quise acercarme para conversar con él, pero la tierra se llenó de culebras, no se podía andar por ahí. Le grité a mi viejito que me ayudara y la voz no me salía. Me largué a correr y por donde pisaba aparecían esos animales que manda el **huecuve**”.

En la Alameda se reunió con Juanita, luego de beber unos refrescos, le contó su sueño.

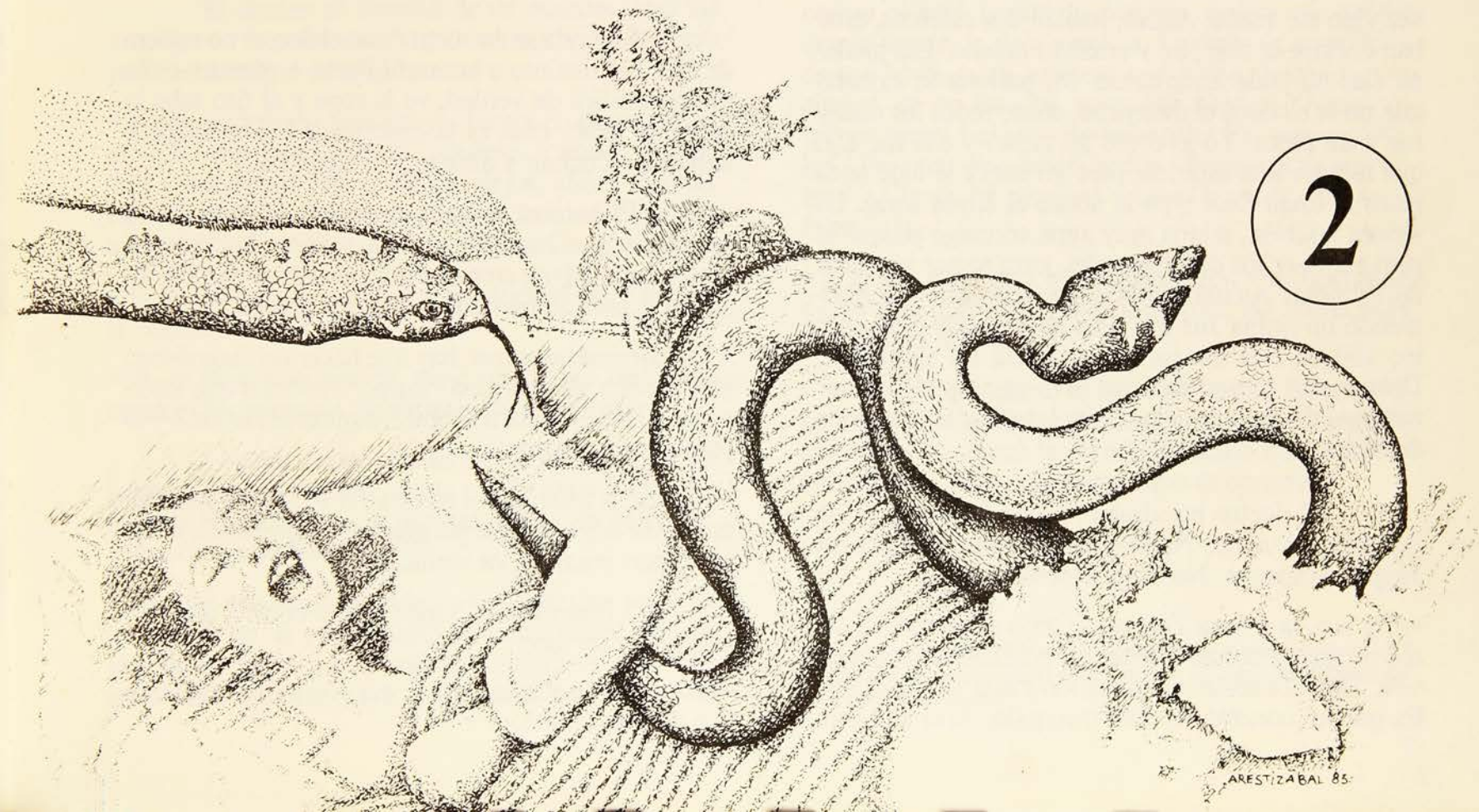
- Estás teniendo muchos **peumas** malos, Lucinda, ¿no será mejor que vayas al sur, que veas a la **machi** Berta?
- No, si ya se me pasará, es que pienso mucho, eso es lo que me tiene así.

Su prima le pasó un papel y le dijo que lo leyera, que allí hablaban de posibilidades para que las empleadas domésticas aprendieran. Juanita se había incorporado a un sindicato.

- He aprendido hartas cosas. Hay muchas mujeres mapuches, como nosotras, en el sindicato, ¡claro que algunas se avergüenzan! Pero me siento a gusto. A ver si tú vas a un curso y se te pasan esa leseras de andar soñando mal.



2



La primera noche me soñé con una culebra. Roja era esa culebra. Estaba enroscada en un palo. Me miraba fijamente, quería subirse a mi cama. Me desperté temprano y le serví el desayuno a la señora Teresa. No me sentía nada de bien, un poco mareada. Pasaron las semanas y otra vez vino ese sueño. Ahora, habían dos culebras, estaban encima de mis pies y pesaban mucho. Esa mañana casi no pude levantarme. Mi patrona se extrañó que no le sirviera el desayuno, como todos los días y fue a mi pieza. Yo le conté mi sueño y ella me dijo que tomara una aspirina, pero yo mejor le hice unos rezos al **Chao Dios** y en la noche al **Kiyén Kuzé**. La señora también, estaba muy agria conmigo porque le pedí permiso, los días miércoles, para tomar un curso de Primeros Auxilios en ese sindicato que me recomendó mi prima Juanita. Eso no le gustó y después me andaba retando porque yo hacía las cosas mal. Doctor, con esos sueños que tuve ya no pude dormir más, me da tanto miedo cerrar los ojos, tengo terror de dormir...

El doctor no alzaba la mirada. Anotaba en una hoja: "Lucinda Nahuelhual, 26 años, Asesora del Hogar, Mapuche. Neurosis depresiva".

- Por eso, la señora Teresa me trajo donde usted, como no quería dormir, señor, me pasaba las noches en vela. Después andaba pajareando y ella me insultaba. Es que mi corazón no está tranquilo. Apenas cierro

los ojos, ahí están ellas, quieren entrar y que me entregue. Así son, se llevan la sangre de una para vivir. Así son esos pájaros, los mandan los **kalkus**. Por eso, no quiero que llegue la noche. Es un mal que me están haciendo, me están trabajando por ahí. Esos **vilus** no se mandan solos, ¡no señor!

Lucinda se da cuenta que el doctor no entiende. "Es tan distinto a la **machi** Berta —piensa—, ella es una médica de verdad, ve la ropa y al tiro sabe lo que una tiene, cuál es la enfermedad. Los médicos **huincas**, escuchan y anotan, no dicen nada".

El hombre levanta el teléfono y ordena a la secretaria que haga pasar a la señora. Lucinda, al verla, sintió alivio, cree que por fin se terminará la visita al doctor de barba gris y lentes gruesos.

- Le haremos unos test, hay que hacer un diagnóstico más preciso y eso llevará tiempo. Tenemos que internarla. ¿Tiene libreta de seguro, alguna previsión? —le pregunta a la patrona.

- ¡Claro!, la inscribimos en una AFP, a pesar que ella anda con la idea que le pongamos imposiciones, usted sabe, esas cosas de los sindicatos...

"¿Internarme? ¿Qué piensan ellos?", inquiriere Lucinda y les dice:

- Estoy muy enferma, mejor me voy a mis tierras; sé que allí me sanaré.



El doctor se levantó de su asiento, dejó los anteojos en la mesa y se dirigió hacia ella. Le acarició paternalmente el cabello oscuro.

- No te preocupes, aquí estarás bien y en poco tiempo podrás volver a tu trabajo. ¿Quieres ir donde una de esas curanderas? Eso es de los viejos, ahora tú estás en la ciudad y nosotros sabemos mejor cómo hacer las cosas...

- Pero, ¿es tan grave lo que tiene doctor? Mire que yo la necesito en la casa...

- Sí, es necesario dejarla, tiene un cuadro depresivo agudo, con paranoia, síndromes de angustia.

Lucinda trata de interpretar las palabras del médico, pero el hombre habla en un idioma extraño que quizás ni la misma patrona acaba de entender. Trata de convencerlas.

- ¡Yo no estoy trastornada para quedarme aquí! El mundo es así, la envidia está en todas partes. Me están haciendo un mal —solloza Lucinda— y ustedes no quieren que me vaya al sur. Allá voy a ver a la

machi Berta, ella sabe muy bien cómo sacarme esta enfermedad, ¡déjenme ir!

Implora con la mirada a su patrona. Se siente acorralada. Los **huincas** se niegan a considerar una realidad que ella ve muy clara. Se siente débil: luchar contra el mal, contra la patrona, contra ese doctor que le sonríe, la deja agotada. Lucinda se arrodilla y de sus labios salen palabras que había olvidado en la ciudad, de su corazón nace una súplica: “Amon ñi trayen meu;/ Fei meu perimontun./ Fei meu mai felen./ Fei meu mai pepilfalwelan./ Feichi dënu mai felen:/ ¿Cheul ñi peaquel kùme lawen?/ Pin mai felen.” (1).

- ¿Lo ve? Aquí está la comprobación —el doctor se dirige a la patrona—, está muy mal, no queda más que hospitalizarla.

A Lucinda no le importó que su invocación confirmara a los **huincas** su enfermedad. Cuando la enfermera le colocó la inyección, sintió que se había entregado a todas las fuerzas que la oprimían.

(1) Fui a mi cascada / Allí tuve una visión / Por eso me encuentro así / Desde entonces no me asienta nada / Estando así, pues, dije / ¿Dónde encontraré remedio bueno?

3



Se despertó en la sala de un hospital para locos. Calculó que allí habrían unas veinte mujeres, algunas sentadas, otras amarradas a las camas. Dos muchachas perseguían una mariposa que intentaba escapar por las altas ventanas. La mayoría de las mujeres se quejaban, balbuceaban frases difíciles de comprender. Lucinda miró a sus vecinas: la del lado derecho movía las manos simulando tejer, la del izquierdo, muy joven, repetía incesantemente una canción: “El amor es un camino que se recorre hasta el fin, yo conozco caminantes que no debieron partir”.

Cerró los ojos. El olor a remedios, a alcohol, penetraba sus pulmones. Trató de recordar lo que había ocurrido. “¿Cuánto tiempo estuve dormida?”. La imagen de la enfermera clavando en su brazo la aguja, el rostro de la patrona desdibujándose, los lentes del doctor, el espanto de sus miradas cuando ella habló en **mapudungu**. “Los **huincas** me han encerrado, ellos son parte de mi mal ahora”. Le pregunta a la mujer que teje sin palillos si sabe cuándo la trajeron, en qué día están, qué hora es. Pero, ella parece no escucharla, sólo se ríe. Escucha a la joven del otro lado cantando muy fuerte: “El amor es un camino...”.

Dos enfermeras traen el almuerzo: un plato de tallarines fríos que Lucinda deja hasta la mitad. Una de las mujeres le tiende pastillas blancas y espera



que se las tome. Ella se niega, está resuelta a no dormir y sabe que esos remedios la harán soñar otra vez.

- No te pongas complicada. Aquí es mejor ser obediente. Así puedes salir luego, si no, te llevarán a otro hospital y no te tratarán tan bien como nosotros...
- Pero me siento bien, quiero levantarme.
- Eso lo dirá el doctor, ¡y sé buena para que no pongamos camisa de fuerza, para que no llame al Manolo.

Al pronunciar la enfermera ese nombre, la joven que repite la canción estalló en llanto y tiritando bajo las sábanas gritó: ¡Por favor, no!

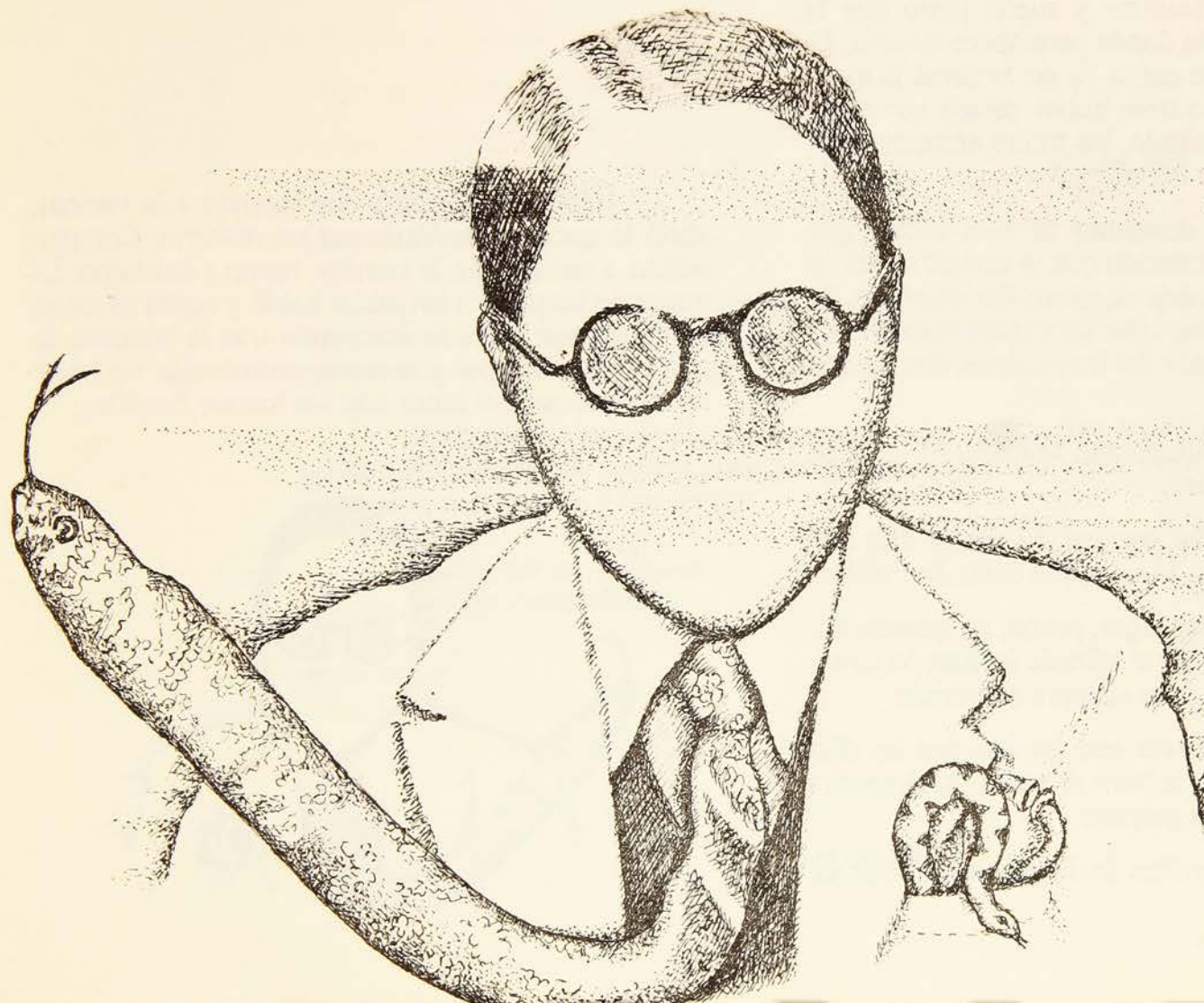


- Pregúntale a la “enamorada” quién es Manolo...

Sintió sus párpados pesados. Antes de dormirse vio el tren en que había partido tan feliz con su hermano al pueblo grande, allí donde encontraría trabajo para ayudar a sus parientes, a su familia pobre, después de la muerte de su padre.

- Por favor, doctor, no me haga dormir más con esas pastillas, ¿no ve que una ya me ha mordido el brazo? Mírelo como está de hinchado.

- A ver, Lucinda, cuéntame qué sueño has tenido ahora.
- No quiero acordarme de eso, tengo miedo.
- Yo te voy a ayudar, ten confianza, dime...
- Sé que usted no me cree, pero le voy a decir. Yo estaba a la orilla del río lavando mote. Me agaché con mi **chaiwe** y vi en el agua la cara de un hombre. Me di vuelta a mirarlo. Ese hombre era un chileno, tenía un pañuelo negro al cuello, era muy elegante. Me sonrió. “¿Quién es usted?” —le pregunté en mi sueño—. “Soy un amigo —me dijo—, quiero llevarte conmigo a mis tierras que están en el agua, soy muy rico. Allí no tendrás que trabajar, todo es abundante”. “A usted no lo conozco —le grité—, así es que váyase de aquí”. En eso, el hombre me agarró muy fuerte del brazo para llevarme con él. Yo recogí un palo y le pegué al chileno. Se asustó y se desapareció en el río. Yo partí a mi casa y en el camino encontré una culebra medio muerta. La miré bien y tenía todo el lomo apaleado. Ahí me di cuenta que se trataba del hombre del río. Mire, doctor, como tengo el brazo. Pero, no, ya sé que usted no cree en mis sueños...



4

ARESTIZABAL 85

Ese día, Lucinda ha llorado. Primera vez que lo hace desde que está en el hospital y se siente aliviada. Duerme y sueña tanto que le cuesta reconocer la sala donde permanece interna. El arrullo de la joven que canta ya no le llama la atención. Por la ventana ve unas nubes, piensa que el verano debe estar terminando, los treiles anuncian con sus gorjeos los vientos del norte.

Después del desayuno le han dicho que tendrá visita, le han ordenado que se arregle el pelo y se lave la cara, que se deje de andar lloriqueando. Se conmovió con la noticia: “Por fin se han acordado de mí”. La esperanza de salir del hospital, abrió su pecho de emociones.

En el patio, la esperaba Juanita. Al verse se abrazaron y acariciaron.

- No me dejaban hablar contigo. El doctor dijo que estabas muy mal. Mira, te traje una carta de Felidor.
- Todo está malo en este lugar, prima, no quieren dejarme ir al sur, el doctor no sabe de **kalkus**, lo único que quiere es dejarme para siempre encerrada.

Conversaron hasta que un hombre les dijo que se había terminado la hora de visita. Al despedirse, Juana le entregó un paquete.

- Te hice un pollo y tortillas, ándate tranquila que ya nos veremos.

Volvió a la sala y convocando a la vecinas, abrió lo que para las otras era un misterio. Compartiendo, a escondidas, la comida, rieron y hablaron. La mujer de los palillos invisibles habló y contó su historia hasta que el sol se fue yendo tras la ventana, la muchacha no cantó esa tarde, entretenida en hacer un camino para el amor con los huesos limpios...



Huichahue, 5 de Marzo de 1982.

Querida Hermanita:

Recibí tu carta que me mandaste en Enero y no te pude escribir antes porque hemos tenido muchos problemas. Pero, en cuanto me escribió la prima Juana para contarme que estabas en el hospital, me preocupé mucho.

*Yo conversé con la **machi** Berta y me dijo que te han hecho un mal muy grande, que tienes que venirte para que ella te mejore. Yo te voy a ir a buscar en Abril. Espérame, hermanita, y ten fuerza.*

*Se despide tu hermano
Felidor Nahuelhual*



5



La Estación Central, de noche, no se parecía a aquella que la recibiera hace unos años por la mañana, las palomas estaban ausentes y se oía poco ajeteo en la entrada. Subió con su hermano al carro de Segunda del Nocturno a Puerto Montt. Se preparaban para un viaje largo hasta Temuco. Se cubrieron con la frazada que les prestó Juanita. Felidor, envuelto en su manta de cacique parecía más joven aún que la última vez que se encontró con su hermana.

Al escuchar el silbato de la partida, Lucinda experimentó una sensación de agrado. No podía olvidar su primer viaje: la emoción de llegar al mundo de los **huincas**, al misterio de las calles interminables, a eso que contaban los parientes cuando iban a los **nguillatunes** o de vacaciones, el color de los edificios, los paseos, las tiendas. Y ahora sólo sentía alivio por dejar ese mundo. Los parientes no hablaron del desprecio, no dijeron que costaba mucho encontrar un trabajo, no dijeron que las patronas, a veces, las trataban mal, que los **huincas** miraban mal a los mapuches. Todo lo que no dijeron se hacía presente para reafirmar su decisión de volver al campo.

Pero, también sentía pena porque había imaginado su vuelta a la reducción con muchos regalos para la familia. Hubiera deseado regresar con buenos vestidos y llevarle una radio a Orfelina, un televisor,

quizás una buena cocina, tal como lo había hecho la María Queupil con su tía Rosa.

- No estés tan triste hermanita. Te verá la **machi** y te vas a sentir bien, ya se irán esos **peumas** y volverás a ser tú de nuevo.

Mientras se comían los huevos duros que habían preparado y bebían una cerveza, Felidor enteró a su hermana de las novedades en Huichahue: las muertes y nacimientos, los casamientos, el último **nguillatún** y las personas que habían asistido. Sobre todo, le habló de los problemas que tenían en el sur por la ley que había impuesto el gobierno: una ley para dividir las tierras.

- Lo peor —le contaba— es que muchos nos endeudamos por sembrar remolacha, al final, nos fue muy mal en la producción y ahora no tenemos con qué devolver esos préstamos. No nos queda más que organizarnos para salir adelante. Los **huincas** nos quieren otra vez robar la tierra, hermana, quieren que no seamos más comunidad, todo individual, eso es lo que persiguen.

6



La **machi** Berta le vio, primero, la orina. Después, dijo que soñó con el **kalku** que hacía el mal.

- Ese estado te lo ha causado el diablo del norte, de eso te encuentras así. Pero, yo vengo a verte. He dicho de ti: Lo sacaré. Te ha dado un golpe en el corazón aquel diablo del norte. Por eso vengo a visitarte, yo dije antes de ti: le sacaré su diablo del norte.

Lucinda contó a Orfelina y Felidor lo que la **machi** le habló. Ellos, convocaron a los primos, a los parientes lejanos y cercanos, para juntar lo necesario para el **machitún**, sin la cooperación de todos nada se podía hacer. Los sobrinos de Lucinda se ofrecieron para acompañar a la **machi** al monte, a buscar los remedios y las flores, un vecino llevó el cordero negro, una prima el blanco. Así, poco a poco se reunían las ayudas y en las noches, junto al fogón, se recorrían los detalles, los preparativos estaban listos, sólo restaba esperar la llegada de la luna llena.

Un día, se levantó muy temprano. Preparó el mate para su hermano y su cuñada. Cuando éstos se levantaron la vieron llorando al lado del fuego.

- ¿Qué te ocurre?
- Es que tuve otro **peuma**: estaba en la sala del hospital, tenía mucha sed. La Enamorada cantaba a gritos esa canción de ella “El amor es un camino que se re-

corre hasta el fin”, así cantaba. Gritó tanto que llegaron las enfermeras y ese hombre, el Manolo. Ellos nos tomaron a todas y nos llevaron a un baño grande, allí nos golpearon con chorros de agua. El agua esa era negrita y dolía. Después llegué a mi cama, ahí aparecieron cuatro **vilus** y me mordieron. Entraron, ya entraron en mi cuerpo, lloraba desesperada.



7



Al amanecer, la **machi** Berta inició su **pillantún**. Lucinda yacía en una frazada cubierta de flores de copihues, de ramas de canelo y maqui. Escuchaba el sonido fuerte de los **cultrunes** afuera de la **ruka** y su corazón se aceleraba. Al rato, entró la curandera. Los parientes se congregaron para ver y escuchar:

- Te he traído doce yerbas para sacarte. Vengo a verte Diablo astuto. ¿En qué astucias te han instruido, Demonio torbellino del norte? Aunque estuviese en los huesos, aunque estuviese en el viento, te he traído doce remedios para vencerte, astuto Demonio torbellino. Del norte, así dicen, vino el Demonio, por debajo del suelo pasó, por los aires pasó. Por eso has quedado en ese estado lastimoso. Pero hoy te sacaré tu Demonio que te tiraron. Voy y al volver traigo su demonio preso conmigo...

La **machi** salió cuatro veces a bailar alrededor de la **ruka**. Luego, entró y tocó su **cultrún**. Palpó el vientre de Lucinda y mostró a los parientes un manojo de pelos. Había sacado el mal.

- Ahora, pues, para hoy terminó tu curación. Te he sacado el Demonio que te tiraron...

Al otro día, cuando el viento del sur mecía las copas de los robles, los amigos y parientes bebieron y comieron junto a la **machi** Berta. Había sido un buen **machitún**, comentaban. Sólo habría que es-

perar que Lucinda se sintiera fuerte. La **machi** le dejó remedios de yerbas para algún tiempo. Todos quedaron conformes. El último en ir a descansar fue Feli-dor, quien llevó a la **machi** de regreso a su **ruka**.



ARTIST: [unreadable]

8



ARESTIZABAL B.

Huichahue, 15 de Agosto de 1982.

Estimada prima Juana:

Te escribo para contarte que la *machi* Berta me *machitucó* en Mayo. Me he sentido muy bien y no he tenido *peumas* malos. Fue muy bonito. Estoy tan agradecida de Felidor que no sé cómo voy a pagarle todo lo que hizo por mí. Todos se han portado de lo mejor conmigo. Los sobrinos no quieren que me vaya más, la Rosita anda siempre a mi lado, no me deja sola. Todavía estoy tomando remedios. A veces, me siento mal porque esas yerbas son muy fuertes. Pero todo es para mejorarme.

Otra cosa, prima Juanita, estoy pololeando con un chiquillo, el Víctor Queupil, ¿te acuerdas de él? Es el hermano menor de la María. Es un cabro bien serio y quiere que nos casemos. Pero yo no me decido. No sé porqué me acuerdo tanto de esa canción que te conté "El amor es un camino que se recorre hasta el fin, yo conozco caminantes que no debieron partir". Le he dicho al Víctor que mejor me voy por otro tiempo a Santiago y trabajo para comprar algo para la casa. También, que aquí la situación está muy mala para el campesino. El apenas tiene unas tierritas que le dejó su papá. Y otras cosa es que no me hallo mucho. La gente es muy habladora y ya me andan pelando que apenas me mejoré anduve buscando hombre. Eso no fue así porque fue el Víctor el que se me declaró, yo no pensaba en él siquiera.

*Prima Juana, te pido que si sabes de algún trabajo bueno me lo hagas saber. He pensado mucho y ahora no dejaré que los **huincas** me venganzan. Un **kalku** chileno fue el que me tiró el mal, pero ahora me siento muy fuerte. También he pensado en eso de los atropellos que tú decías, en que tengo que exigir mis imposiciones y estudiar, por lo menos terminar mi educación. Por eso, si sabes de algo, avisame. Yo estoy haciendo mantas y calcetines y con la venta puedo pagarme el pasaje para ir otra vez a la capital. Y cómo sabe uno, si el Víctor me espera puedo volver y casarme con él.*

Contéstame luego. Te mandan muchos saludos todos los conocidos y yo te mando un abrazo fuerte

tu prima que te recuerda

Lucinda Nahuelhual



Santiago, 4 de Octubre de 1982.

Recordada prima Lucinda:

*Me alegré mucho al saber que la **machi** te hizo una buena curación. Tienes que tomarte todos los remedios para sanarte bien.*

*Yo me encuentro bien de salud, pero estoy aburrida de trabajar tanto. Voy a ir en Febrero, para el **Nguillatún**. La vieja me dio permiso por quince días. Podemos venirnos juntas a Santiago. La hermana de mi patrona necesita una empleada y puedes quedarte allí.*

Prima, te voy a dar un consejo. No pienses tanto en casarte, todavía estás joven. ¿Para qué? ¿Para que el Víctor se ponga como todos los hombres y te ande pegando? ¿Para llenarte de chiquillos? Mejor vive tu juventud y aprovecha de estudiar. Después piensa en casarte. ¿Cómo yo vivo de los más bien solterita? En todo caso, cada una tiene que decidir lo que más le convenga.

Te contaré que sigo yendo a ese sindicato, allí nos hemos juntado las mujeres que son mapuches para hacer un grupo de nuestra raza, para hacer eso que tú dices en tu carta: que los huincas no nos venzan. Si te vienes puedes entrar, tu experiencia nos servirá a todas.

Dáale todos mis saludos a Felidor y a la Orfelina. Por favor dile a mi ñuque que le mandaré la plata en un giro al Banco de Temuco.

Un abrazo grande de tu prima

Juanita Manquecura N.



A principios de Marzo de 1983, Lucinda y Juanita tomaban el tren para Santiago. Lucinda, antes de dormirse, le contó a su prima un sueño:

“Los vi a los dos en mi **peuma**: mi finada mamá y mi finado papá. Atravesé un río y ellos estaban sentados en un tronco de canelo. Mi papá me dijo que el zorro le había robado unas gallinas. Mi mamá me dio permiso para irme al pueblo grande. Ellos estaban alegres. Por lo del zorro pensé que quizás sería porque el Víctor no me quiere tanto como decía y como mi viejita me dijo que partiera, le pregunté si acaso los

huincas no volverían a hacerme mal. Ella me contestó que no, porque ahora tenía la fuerza de mi pueblo, que nunca renegara de mi sangre y eso sería el remedio más bueno para que no me hicieran daño. Mi finado papá me dijo que los mapuches éramos los verdaderos dueños de esta tierra y que luchando ganaríamos a todos los que quieren apoderarse de nosotros. Después, ellos se convirtieron en estrellas. Dos luceros no más vi en el cielo, ‘dos **wangelen** que alumbraban el camino por donde yo iba. Crucé otra vez ese río y cuando llegué al pueblo grande, las estrellas aún no se apagaban”.



Glosario



peumas: sueños
huincas: no mapuches, chilenos
peucayal: adiós
lemoria: recuerdos
makún: poncho
huecuve: fuerza del mal
machi: curandera
chao dios: padre dios
kiyén kuzé: luna vieja
kalkus: brujos
vilus: culebras
mapudungu: idioma mapuche
chaiwe: canasto de mimbre
machitún: ceremonia por la cual la machi cura a los enfermos
pillantún: oración de la machi cuando sale el sol
cultrún: tambor
ruka: casa
ñuque: madre
nguillatún: rito propiciatorio de carácter agrícola.

NOTA: La invocación en mapuche y las palabras de la machi, pertenecen a "Lecturas Araucanas", José de Augusta. Imprenta San Francisco, Padre las Casas, 1934.

